



Berenice Abbott, *Newsstand, 32nd Street and Third Avenue, 1935*

# Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política

ISSN 1851-7099

Año 1. Número 3, marzo 2009



**PROGRAMA  
BUENOS AIRES  
DE HISTORIA POLÍTICA  
DEL SIGLO XX**

**Boletín Bibliográfico Electrónico**

*<http://historiapolitica.com/boletin/>  
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:  
Facultad de Humanidades - UNMdP  
Funes 3350  
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires  
Argentina.

Staff

**Directora**

Marcela Ferrari

**Secretaria**

Mariana Pozzoni

**Equipo Editorial**

Sabrina Ajmechet  
Ana Virginia Persello  
Ana Leonor Romero  
Nicolás Silliti  
María Inés Tato.

**Edición digital**

Nicolás Quiroga

## Presentación

Los miembros del Comité Editorial del *Boletín bibliográfico electrónico* perteneciente al Programa Buenos de Historia Política nos congratulamos al presentar el tercer número de esta publicación, que ha sido posible de concretar gracias a la participación de cada uno de nuestros colaboradores. Dado que concebimos esta revista como un espacio dinámico, con posibilidades de introducir variantes en cada una de las ediciones, adelantamos algunos “cambios y continuidades” –para utilizar dos conceptos tan caros a los historiadores- que se encuentran en las páginas siguientes.

Las reseñas breves –descriptivas y aun críticas- y los comentarios bibliográficos siguen siendo el espacio central del *Boletín*. Ofrecen, siempre de manera parcial -humana y lógicamente- un panorama del estado de avance de las publicaciones en historia política o en disciplinas relacionadas con ella. Con este mismo objetivo se incluyeron dos secciones más. En una se recuperan, con modificaciones, las palabras de quienes acompañaron a los autores en presentaciones de libros editados en 2008. Observaciones agudas son expresadas en tono coloquial, sin eludir la referencia en confianza. Eso hace muy amena la lectura de estas contribuciones que, de algún modo, recrean situaciones irrepetibles. Otra sección incorporada, que suma al objetivo principal del *Boletín* es la referida a la difusión de colecciones que reproducen fuentes en formato digital, cuyos originales son resguardados por la Comisión Provincial por la Memoria de La Plata.

En otra línea, que llamaremos de “opinión” la sección de entrevistas da cuenta del testimonio de dos historiadores extranjeros que reflexionan, en un caso, acerca de la historia política en Francia y, en otro, sobre la propia experiencia de trabajo en historia política argentina y latinoamericana.

Esperamos que nuestros lectores encuentren en las páginas que siguen un servicio que satisfaga su interés.

El Comité Editorial

## Normas para el envío de materiales

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a [boletin@historiapolitica.com](mailto:boletin@historiapolitica.com).

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

**Presentación****Reseñas**

Roberto Aruj y Estela González, *El retorno de los hijos del exilio. Una nueva comunidad de inmigrantes*. Buenos Aires, Prometeo, 2008, por Silvina Jensen (UNS-CONICET). **Página 7**

Marta Bonaudo, Andrea Reguera y Blanca Zeberio (comps.), *Las escalas de la historia comparada*. T. I: Dinámicas sociales, poderes políticos y sistemas jurídicos. Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2008, por Hernán Uliana (UNR). **Página 8**

Cristian Buchrucker, *El Fascismo en el siglo XX. Una Historia Comparada*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2008, por Sabrina Ajmechet (UBA – UNSAM). **Página 9**

Felipe Celesia y Pablo Waisberg, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*. Buenos Aires, Aguilar, 2007, por Roberto Tortorella (CONICET – UNMdP). **Página 10**

Antonio Camou, María Cristina Tortti y Aníbal Viguera (eds.), *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires, Prometeo, 2007, por Mauricio Chama (UNLP-CISH). **Página 11**

Celia del Palacio Montiel (coord.), *Siete regiones de la prensa en México 1792-1950*. Ediciones Porrúa, México, 2006, por Ana Lía Rey (UBA). **Página 12**

Marcela Ferrari, *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Matías Bisso (UNLP – UNSAM). **Página 13**

Peter Fritzsche, *Berlín 1900: Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Valeria Gruschetsky (IDES – UTDT – UBA). **Página 14**

Guillermo Gasió, *Fernando Donaires. Memorias, 1945-1985*. Buenos Aires, Corregidor, 2008, por Carla Sangrilli (UNMdP). **Página 15**

Emilio Gentile, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, por Ana Ferrari (UBA - UdeSA). **Página 16**

Osvaldo Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina de 1918-1955*. Quilmes, UnQUI, 2008, por Juan Manuel Romero (UBA). **Página 17**

Esteban Langhi, *Montoneros - Cámpora. Un encuentro histórico*. Buenos Aires, Prohistoria, 2008, por Mariana Pozzoni (CONICET – UNMdP). **Página 18**

Lucas Lanusse, *Cristo revolucionario. La iglesia militante*. Buenos Aires, Javier Vergara, 2007, por Claudia Touris (UBA – UNLu). **Página 19**

Leandro Losada, *La alta sociedad de la Buenos Aires en la Belle Époque*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por María José Valdéz (UBA). **Página 20**

Mariana Llanos y Ana María Mustapic (comps.), *El control parlamentario en Alemania, Argentina y Brasil*. Rosario, Homo Sapiens, 2006, por Rodolfo Rodríguez (UNMdP). **Página 21**

Vicente Palermo, *Sal en las heridas. La guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007, por Fernando Suárez (UNMdP). **Página 22**

Alessandro Portelli, *Storie orali. Racconto, immaginazione, dialogo*. Roma, Donzelli Editore, 2007, por Bettina Favero (UNMdP). **Página 23**

Leticia Prislei, *Los orígenes del fascismo en la Argentina*. Buenos Aires, Edhasa, 2008, por Patricia Orbe (UNS – CONICET). **Página 24**

José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo, Sudamericana, 2008, por María Elena García Moral (UBA). **Página 25**

Hilda Sabato, *Buenos Aires en armas. La Revolución de 1880*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Laura Cucchi (UBA – CONICET). **Página 26**

Eugenia Scarzanella, *Fascistas en América del Sur*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, por Ana Ferrari (UBA - UdeSA). **Página 27**

Maristella Svampa, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Fernando Aiziczon (CONICET – UNC). **Página 28**

### Notas críticas y comentarios

Marc Abélès, *Política de la supervivencia*. Eudeba, Buenos Aires, 2008, por Germán Soprano (CONICET - UNQ – UNLP). **Página 30**

Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*. Santiago de Chile, Lom, 2007, por Luis Alberto Romero (UBA – UNSAM – CONICET). **Página 33**

John Womack Jr., *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México, Fondo de Cultura Económica, 2008, por James Brennan (University of California, Riverside). **Página 35**

### Presentaciones de libros

Sandra Gayol, *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Hilda Sabato (UBA – CONICET). **Página 39**

Tulio Halperín Donghi, *Son memorias*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, por Mariano Plotkin (IDES – CONICET). **Página 41**

### Entrevistas

*De historia política, memoria, identidades, actores y negociaciones. Conversaciones con Jacques Revel*, por Marcela Ferrari (UNMDP – CONICET). **Página 44**

*“América Latina: el paraíso del populismo”*. Entrevista a Loris Zanatta, por Mariano Fabris (CONICET – UNMDP). **Página 49**

### Publicaciones de archivo

Colecciones documentales del Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA), por Magdalena Lanteri (UNLP - CPM). **Página 54**

# NOTAS CRÍTICAS Y COMENTARIOS

Marc Abélès, *Política de la supervivencia*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2008. 247 páginas. (Edición original: *Politique de la survie*. Flammarion, París, 2006)

Germán Soprano  
(CONICET - UNQ - UNLP)

*“Si entendemos por política la relación que une al individuo con el colectivo y la manera en que el individuo se representa a sí mismo su inserción en la ciudad, nos podemos preguntar si algo está cambiando profundamente a este respecto”*

M. Abélès

**D**efinitivamente: habiéndome formado como profesor en historia y antropólogo social, la tarea de afrontar la lectura de un libro titulado -sin más- *Política de la supervivencia*, fue un emprendimiento que sólo concreté con entusiasmo después de identificar a su autor, el antropólogo francés Marc Abélès, un investigador con amplia experiencia etnográfica en África, Europa y Estados Unidos y, además, un agudo analista de las concepciones con las que diversas sociedades históricas y presentes han significado y practicado la política. Una vez superada esa aversión inicial, producto del puro prejuicio, fue posible acompañar las reflexiones de Abélès en torno de unos fenómenos que caracteriza sirviéndose de la categoría analítica de *política de la supervivencia*. Una categoría que, a primera vista, parecería comprender bien los sentidos y experiencias que las sociedades occidentales de los países capitalistas centrales mantienen con la política desde fines del siglo XX. Sin embargo, a poco de recorrer sus páginas, el autor nos muestra -gracias uno de esos habituales desvíos antropológicos, según la expresión de Georges Balandier- que también es dado reconocer la *política de la supervivencia* en sociedades pretéritas o en las llamadas *sociedades primitivas*, objeto de estudio de la antropología clásica.

Para Abélès la sociedad capitalista moderna se pensó desde Hobbes y Locke en adelante mediante la noción de *política de la convivencia*, esto es, comprendiendo una significación y experiencia de la política que toma como referencia un horizonte contractual interindividual o social, que procura sustraer o atenuar el conflicto. La *política de la convivencia* supone no sólo el esfuerzo por producir

un consenso presente, sino también su potencial proyección al futuro como vía de construcción de una comunidad imaginada que liga pasado, presente y provenir. De allí que se concibiera la política como un instrumento emancipador, que resuelve conflictos, transforma el mundo y materializa las representaciones con las que los seres humanos se representan a sí mismos, sus relaciones con los otros y con la naturaleza. Ese esfuerzo y posibilidad -siempre concebidos como una representación radicalmente histórica

y singular sobre la sociedad y la política occidental moderna- tuvo su realización tras la segunda posguerra en la construcción del Estado de bienestar y la Unión Europea.

La hipótesis que sostiene el libro es que el surgimiento y consolidación de un nuevo escenario transnacional a fines del siglo XX es el resultado (y no la causa) de un cambio sin precedentes en *nuestra* -dice Abélès- relación con la política. Dicha relación se articula en torno a unas representaciones sociales que ponen a la preocupación por la *vida* y la *supervivencia* en el centro del actuar político. Lo que dominaría hoy la percepción y la experiencia de la política ya no sería el *estar juntos* de la *política de la convivencia*, sino la *incertidumbre*, la *precariedad* y la *amenaza* del *porvenir* expresivas de la



↳ *política de la supervivencia*. En este sentido, Abélès constata que el reconocimiento del denominado desplazamiento de la política, la crisis de representación partidaria y de legitimidad del Estado, evidencian cambios históricos en la forma en la que las poblaciones definen su relación con la política, antes que manifestaciones de cualquier apocalíptico e inevitable fin de la política, irresolubles crisis de representación, afirmación de los poderes unilaterales de organizaciones des-territorializadas, una pregonada primacía de la globalización sobre los Estados nacionales o el ocaso definitivo de las relaciones internacionales como asuntos de Estado. En su opinión, los cambios recientes en la percepción sobre la política estarían relacionados con las transformaciones ocurridas en el régimen de historicidad o en las formas en las que las sociedades significan su propio devenir. La crisis de la idea de progreso –considerada hasta la década de 1980 como el motor necesario e inevitable del desarrollo de las sociedades capitalistas y del socialismo real– abrió paso a representaciones inciertas sobre el futuro de la humanidad o incluso a un comportamiento presentista que suspende cualquier anticipación temporal.

Ahora bien, lo dicho hasta aquí bien podría llevar a pensar que el libro de Abélès se fundamenta en una pura especulación. Sin embargo, el antropólogo francés no traiciona su trayectoria etnográfica. Una vez transitada la introducción y los capítulos 1 y 2, explora su hipótesis sirviéndose de investigaciones empíricas sobre políticos, funcionarios, expertos y *lobbistas* en el Parlamento Europeo, los *high techers* de Silicon Valley, directivos, profesionales e integrantes de ONGs internacionales, o sociedades africanas. En consecuencia, el recurso al ejercicio de la comparación histórica y el interés etnográfico por comprender los sentidos nativos de la política en su propia lógica y contextos de uso, son los cimientos sobre los cuales se sostiene la fortaleza de su reflexión sobre la *política de la supervivencia*.

Abélès considera que –cada vez en forma más intensa– el destino de los franceses y de otras nacionalidades de Europa –*nuestro destino*, dice– está indisolublemente ligado a la construcción europea. Una construcción identitaria y organizacional no lineal que fue concebida a la salida de la Segunda Guerra Mundial como un proyecto y una realidad deseable pero conflictiva, que despertaba sentimientos encontrados en los gobiernos y en las poblaciones de los Estados y sociedades nacionales. Ese proceso con más de medio siglo de creciente integración y unificación económica, jurídica, política y cultural, ha sido interpretado por sus protagonistas unas veces como un fenómeno de afirmación continua y otras como un devenir en recurrente crisis. Un proceso que sólo consiguió avanzar en forma acumulativa cuando encontró actores dispuestos a sostener la imagen de la Unión como un proyecto futuro,

con concreciones presentes y un pasado cercano compartido, en tanto que los conflictos derivaron de la momentánea imposibilidad de producir y actualizar una representación socialmente legítima de esa identidad u organización comunitaria transnacional. Al decir de Abélès: la concreción del *tiempo comunitario* requiere, pues, de actores –por ejemplo: políticos, funcionarios, expertos y *lobbistas*– que inviertan expectativas y esfuerzos concretos en pos de la realización de ese proyecto, anticipándose, dando lugar a la creación continua de ideas sobre la necesidad y urgencia del mismo. En este sentido, a diferencia de los amplios consensos históricos –aunque no unívocos– producidos desde el siglo XIX en torno del isomorfismo de los términos *pueblo*, *territorio* y *soberanía legítima* como diacríticos que definen al Estado Nación, la representación sobre la identidad y la organización de la Unión Europea es incierta, sus sentidos y límites están todavía frágilmente delimitados y escasamente consensuados por la ciudadanía. En la percepción de esta última, *el imaginario de la Europa instituida es desesperadamente pobre*, por un lado, debido a la inexistente consolidación de tradiciones pasadas que delimiten retrospectivamente una comunidad imaginada y, por otro lado, debido a las dificultades para representarse esa comunidad hacia el futuro. A los *ciudadanos* el poder comunitario les resulta extraño, lejano, lo visualizan monopolizado por los *eurócratas*. Pero incluso en la perspectiva de estos últimos, la Unión se vive como un proceso dinámico, que tiende hacia un fin inacabado. Una vez más, lo que domina en unos y otros es la *incertidumbre*, la *política de la supervivencia*.

El *desplazamiento de la política* se identifica, además, con el poder de organismos internacionales desterritorializados, que asumen funciones de gobernanza compitiendo o complementando a los Estados nacionales, tales como el FMI, el Banco Mundial o la OMC, pero también ONGs internacionales que administran recursos económicos y financieros y poseen influencia sobre gobiernos, empresas, medios de comunicación y sectores de la sociedad civil. Nuevamente, Abélès no caracteriza esta situación como de despolitización. Más bien, señala que el creciente protagonismo de estos actores transnacionales frente a los estatales y partidarios, implica una radical redefinición de los sentidos

↳ de la representación y de las prácticas políticas. La emergencia de este nuevo escenario internacional y sus protagonistas es consecuencia (y no causa) de una profunda mutación en *nuestra* relación con la política. Como puede apreciarse, esta interpretación de los cambios apuesta a identificar la capacidad de actores históricamente situados, observando las luchas por imponer una visión socialmente legítima sobre la política, antes que explicarlos apelando a la eficacia de determinaciones abstractas y carentes de sujetos que las materialicen. En este sentido, Abélès actualiza la preocupación antropológica por comprender positivamente los (diversos) sentidos con los que las sociedades significan y/o experimentan la política, en vez de verlos como desvíos de ideales ponderados por la teoría política occidental moderna, aquellos comprendidos en la noción de *política de la convivencia*.

El poder creciente de las ONGs internacionales humanitarias es uno de los fenómenos más relevantes de los últimos años del siglo XX. En buena medida su influencia social resulta de la legitimidad que gozan frente al público por ocuparse de la problemática de la *supervivencia* en sus manifestaciones más extremas: la cuestión ambiental, los derechos humanos, la ayuda humanitaria frente a epidemias, desastres naturales, hambrunas, etc. Una vez más, Abélès reconoce en este fenómeno una nueva forma de definir y relacionarse con la política. El *sinfronterismo*, la *ideología de los derechos humanos*, el *altermundismo*, la *ciudadanía mundial*, los *charity bussines* y otras formas del compromiso con causas tenidas como *universales* y *transnacionales*, constituyen resignificaciones de la política producidas por ciertos actores, confrontadas con otras concepciones ancladas en sentidos e intereses particularistas (y negativamente significados por los primeros) atribuidas al Estado nacional, partidos políticos o corporaciones. No es que aquí la política haya desaparecido, sino que asistimos a sus nuevas formas. Del mismo modo que Abélès, en 1940 los antropólogos sociales británicos Edward Evans-Pritchard y Mayer Fortes señalaron que si se descentraba la definición de la política de su eje estatal, era posible reconocerla también en *sociedades primitivas* carentes de poderes centralizados y especializados, pero que poseían formas de organización e identidades territoriales, ligadas al parentesco o a los grupos de edad, que cumplían con las funciones de cohesión social que en las *sociedades con Estado* tenía la política.

Asimismo, el análisis del reclutamiento de recursos humanos calificados, la recaudación

y movilización global de recursos financieros por poderosas ONGs internacionales, le permiten caracterizar la emergencia de una *economía de la supervivencia*. Se trata de un universo de relaciones que sustrae la caridad de su lógica pre-capitalista y se despliega en una interfase localizada entre la empresa privada y la gestión pública, la economía de mercado y la economía del don. Abélès sostiene que en un mundo acechado por la *amenaza* y el *riesgo*, estas ONGs configuran nuevas formas de hacer política, produciendo y arrogándose la representación de la sociedad civil o de amplios sectores de la misma, rivalizando con los Estados nacionales o asociándose con estos últimos para la adquisición de recursos y la capacidad de *lobby* para definir la agenda pública e implementar políticas, o compitiendo con las empresas por la captación de cuadros gerenciales y directivos.

Por último, Abélès propone una reflexión histórica y no determinista que piensa la relación entre lo *global-político* y el *Estado nación* como dos lógicas y prácticas diferenciadas pero no necesariamente excluyentes. De igual modo, la *política de la supervivencia* rivaliza hoy crecientemente con la *política de la convivencia*, pero convive con ella, amenazando su sentido y práctica legítimamente consagrada sobre la política. Ahora bien, ¿para qué lado se inclinará en definitiva la balanza de la historia? Sin dudas, las respuestas plausibles a esta pregunta sólo pueden concebirse sin descuidar el reconocimiento de los sentidos y experiencias que los actores sociales atribuirán a la política del y en el futuro. Finalmente, quisiera dejar planteada una inquietud personal que atravesó en todo momento mi lectura de *Política de la supervivencia*. Me refiero a los equívocos que despertaban en mí las referencias al *nosotros* de Abélès. Una y otra vez me preguntaba si no estaba asistiendo a una consciente reflexión eurocéntrica (y hasta francocéntrica) acerca de los sentidos y experiencias pasadas, presentes y futuras sobre la política. Pero quizá éste no sea más que un nuevo prejuicio mío, que el lector sabrá disculpar y yo tendré que someter a consideración crítica.



Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de "la Idea" en Chile, 1893-1915*. Santiago de Chile, Lom, 2007. 435 páginas.

NOTAS CRÍTICAS Y  
COMENTARIOS

Por Luis Alberto Romero  
(UBA – UNSAM - CONICET)

Sergio Grez es autor de un libro ya clásico sobre la historia del movimiento popular chileno en el siglo XIX y su rica experiencia organizativa e intelectual. Prolongando esa historia, en esta obra estudia el desplazamiento del foco popular, que con el cambio de siglo pasó de los artesanos ilustrados a los obreros militantes, y el correlativo surgimiento y apogeo de los grupos anarquistas.

Vale la pena leerlo en paralelo con el excelente libro de Juan Suriano *Anarquistas*. El anarquismo chileno, tan vigoroso como el argentino, tuvo rasgos específicos, visibles no tanto en sus textos como en sus prácticas sociales y políticas. Una de las principales diferencias radica en la ausencia en Chile de la inmigración masiva, que en la Argentina ayudó a implantar los primeros núcleos libertarios. En Chile los anarquistas surgieron de la decantación de tendencias existentes en el interior del movimiento popular. Los primeros anarquistas aparecieron en sociedades populares y periódicos de combate, que tomaban distancia del mutualismo dominante. Allí coexistían y discutían con otros militantes: los socialistas, que todavía no tenían partido, y los *democráticos* -del partido Demócrata- que desde 1887 impulsaban en Chile las luchas políticas y sociales.

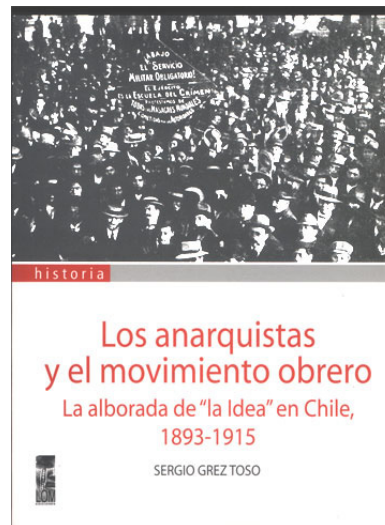
La primera gran experiencia anarquista se desarrolló en el ciclo de huelgas que se inició en Santiago en 1902 y culminó en las pampas salitreras del norte en 1907. Los anarquistas ganaron reconocimiento y prestigio, no tanto por sus ideas generales cuanto por su capacidad de liderazgo y por la eficacia de su línea de acción: la huelga dura e intransigente, y un cierto uso de la violencia, que contrastaba con la tibia moderación de sus principales competidores, los demócratas. Por entonces los principales dirigentes libertarios decidieron instalarse en Tarapacá, la provincia salitrera, donde comenzaba un ciclo de intensas luchas. A diferencia de la mayoría de los estudiosos de esa cuestión, Grez duda de la importancia de la implantación anarquista; sin embargo reconoce que la huelga salitrera tuvo en su dinámica una impronta libertaria, tanto en sus éxitos como en el trágico final: la matanza de Santa María de Iquique en 1907.

Grez sigue luego al anarquismo en los oscuros años posteriores, de retracción del movimiento social y de fuerte represión por parte de un gobierno convencido -como el argentino de entonces- de que la *conjura anarquista* debía

ser suprimida con métodos radicales. Por un curioso efecto de imitación, también se pensó en una Ley de Residencia, aunque en Chile no había casi militantes de origen extranjero. Desde 1912 resurgió el conflicto social, en las fábricas y en las calles, y reaparecieron los grupos anarquistas, liderando su organización. 1913 fue su momento de esplendor: una huelga general, y la creación de una organización de alcance nacional, la Federación Obrera Regional Chilena. También -quizá por las mismas razones- el debate interior, presente en todo el ciclo anarquista, cristalizó en dos o tres grandes corrientes -sindicalistas, anarco sindicalistas, anarco comunistas, y alguna otra-, preanunciando la próxima escisión sindicalista.

Sergio Grez ha combinado en este estudio una investigación de base digna de la mejor tradición erudita y una original perspectiva sobre los problemas, que integra la escuela francesa de *Annales* y la historia social marxista inglesa. Dentro de ese horizonte, incorpora de manera fructífera los enfoques y cuestiones que recientemente renovaron la historia política y propone una mirada que - con el horizonte de la historia total - transita simultáneamente por las dos vías. De entre las varias cuestiones que surgen de su texto, voy a referirme a dos: el problema de la caracterización del grupo que es el sujeto de esta historia y el de su vinculación con el vasto movimiento social que lo siguió.

¿Quiénes eran, exactamente, los anarquistas? ¿Quiénes participaban, de alguna manera de *la Idea*? Muy pocos. Grez estima que en Chile había unos 90 dirigentes y algunos centenares de militantes de base. Frecuentemente los anarquistas han sido considerados como un grupo pequeño y cerrado, adecuado para estudios de tipo



**Sergio Grez Toso, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, por Luis Alberto Romero, continuación.**

↳ etnográfico. No es el caso de Grez, quien reiteradamente señala que se trataba de un grupo abierto, cuyos miembros entraban y salían permanentemente. Si bien en sus textos de combate el anarquismo se definió por oposición a los democráticos de Malaquías Concha o a los socialistas de Luis Emilio Recabarren, el grueso de sus cuadros militantes circuló fluidamente entre estos tres grupos.

La mayoría de sus dirigentes hizo una experiencia inicial en el partido Demócrata y frecuentemente volvió a él, cuando se desilusionó con el anarquismo y sus posibilidades. Algunos hicieron este ciclo dos veces. Por otra parte, los anarquistas animaron otros movimientos de opinión, como el internacionalismo, el pacifismo, el antimilitarismo, la reivindicación de los derechos de la mujer, así como varios ligados con la salud corporal, la higiene, la alimentación y hasta la espiritualidad. En esa práctica militante, muchos salieron de la vía anarquista y tomaron otro ramal, así como otros que venían de alguno de estos movimientos se incorporaron al anarquismo.

No debemos asombrarnos: así ocurre normalmente. Nuestro problema es que las clasificaciones con las que nos manejamos nos impiden centrarnos en este aspecto dinámico e inestable de la militancia. De los anarquistas, como de muchos otros grupos, cabe decir - más con Heráclito que con Parménides- que no *son* sino que *están siendo*. Una metáfora adecuada para caracterizarlos es un tren, con sus pasajeros que suben, bajan, y a veces llegan al final del recorrido.

Para Grez es posible hablar de *movimiento* o *corriente* para conceptualizar esta fluidez, que no sólo se refiere a sus integrantes sino a la misma *Idea*. Quienes se identificaban como anarquistas -finalmente, esta auto identificación resulta un factor importante- compartían algunas ideas pero sobre todo, muchas discusiones en torno de algunos puntos comunes. Es cierto que esto puede decirse de cualquier movimiento político, pero está especialmente marcado entre los anarquistas, por la ausencia de una organización partidaria que fije algún tipo de creencia básica. Esto es aún más fuerte entre los anarquistas chilenos: a diferencia de la Argentina, donde un grupo de intelectuales trajo permanentemente al debate las posiciones que se desarrollaban en Europa, en Chile el sector intelectual pesó poco, y abundaron en cambio los trabajadores autoeducados, con más referencias en la lucha social que en los libros.

Un punto indiscutido del ideario anarquista era la negación del estado y de la política. Grez precisa: se rechazaba la política de partidos, la representación y las elecciones, pero se hacía política permanentemente, intensamente. Agrega un punto importante: a diferencia de los socialistas, o inclusive de los democráticos, los anarquistas no pusieron un énfasis especial en la construcción futura de una sociedad justa, y se volcaron más al mejoramiento presente, tanto en lo social como en lo personal. Hubo poca teleología; más bien, una llamada individualista, de un liberalismo radical, en el seno

de un movimiento social que en el mundo entero marchaba hacia formas colectivistas.

Aquí está, para Grez, la clave de la segunda cuestión: la formidable capacidad anarquista para integrarse en el movimiento social y, a la vez, su incapacidad para hacer permanente esa inserción. Los anarquistas, en Chile, en la Argentina y en muchas otras partes, fueron grandes conductores de la lucha social. Se especializaron en lo que Suriano llamó *militancia de urgencia*. Grez nos dice que no se trata exactamente de táctica o estrategia -una distinción carente de sentido en un movimiento tan poco teleológico- sino de una *línea de acción*. Ninguno de los dos cree que las masas que siguieron a los anarquistas en las huelgas compartieran las ideas más generales de sus dirigentes. Esto sería tan erróneo como suponer que quienes en la Córdoba de 1970 reconocieron el liderazgo de Agustín Tosco o de René Salamanca coincidirían con sus ideas sobre la sociedad futura.

En esta perspectiva, Grez duda de que los anarquistas condujeran la huelga salitrera de 1907, pero considera que seguramente se produjo una confluencia empática entre unos y otros. En su opinión, la fortaleza anarquista estuvo en su capacidad para percibir y potenciar los estados de ánimo de los sectores populares cuando estaban movilizados, mientras que su debilidad radicó en la falta de una organización política que les permitiera remontar los momentos de baja y uniera ambos momentos de la lucha social -el alza y la baja- en un designio común. Esto es lo que hicieron, en el mundo entero, los socialistas y los comunistas, que arraigaron poco después en Chile, y también en la Argentina, aunque ambos países tendrían desarrollos muy diferentes en la segunda mitad del siglo XX. Es paradójico, pero en realidad bastante lógico, que en el momento en el que los anarquistas chilenos se encaminaron hacia la organización, con la creación en 1913 de la FORCH, simultáneamente crearan el escenario y las condiciones para la escisión.

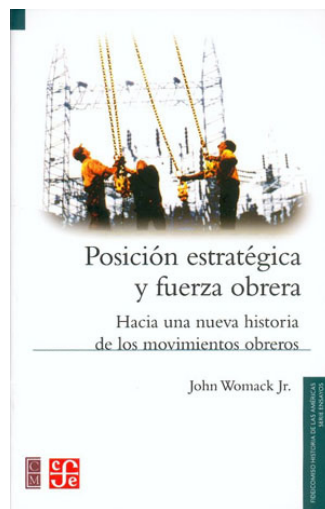
La última reflexión de Grez se refiere a la declinación del anarquismo. Los anarquistas resistieron la dura represión estatal de principios de siglo, y aún se fortalecieron con ella: la acción estatal demostraba lo correcto de su diagnóstico. En la década de 1920 el estado comenzó a andar el camino de la reforma social: en ese nuevo escenario el discurso anarquista dejó de ser creíble y su influencia decayó, mientras crecía la de quienes tomaban al reformismo, y al estado que lo practicaba, como datos para su propuesta.



John Womack, Jr. *Posición estratégica y fuerza obrera: Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México, Fondo de Cultura Económica, 2007. 443 páginas. <sup>1</sup>

Por James Brennan  
(University of California, Riverside)

El reciente libro de John Womack, *Posición estratégica y fuerza obrera* es un libro insólito. Insólito en su materia, la genealogía de una idea, o mejor dicho la genealogía de la ausencia de una idea: la “posición estratégica” de trabajadores bajo el capitalismo industrial. Insólito también en su formato, un libro con una cantidad de páginas dedicadas a notas al pie equivalente a la mitad del total del texto. Es también un libro que va en contra de la corriente principal de erudición histórica establecida en los últimos veinticinco años, que era antiguamente un campo menor, la historia cultural, y se ha convertido en hegemónica, sobre todo, pero no exclusivamente, en el mundo angloamericano. Como Womack reconoce al principio del libro, su tema posiblemente será recibido no con la incompreensión, sino con el aburrimiento rotundo de la mayor parte de los historiadores profesionales que trabajan hoy en la academia.



industrial, concebido inicialmente como sólo uno de varios libros que él escribiría sobre varios aspectos de la Revolución mexicana (que debía incluir, entre otros, a los militares).

Él nunca se apartó de las fábricas textiles, los yacimientos petrolíferos y las cervecerías de Veracruz, en aquel entonces el centro industrial de México. Entonces el libro representa la culminación, no de sus “vagabundeos”, como lo han descrito dos críticos recientemente, pero sí de una lenta, cuidadosa, y exhaustiva investigación para entender y explicar. Había muchos callejones sin salida a lo largo del camino, los cuales significaron girar alrededor y a veces comenzar desde el principio. Todo eso requirió tiempo.

¿Entonces por qué escribe un libro como este? En parte, la razón se vincula con el propio Womack, inmerso en una larga, y por momentos frustrante, búsqueda por entender los funcionamientos del capitalismo industrial, específicamente en México, pero en general en todas partes, puesto que el capitalismo funciona de modos similares en todo el mundo y no conoce fronteras nacionales. Por eso la revisión exhaustiva en este libro (y sus numerosas notas a pie de página), en media docena de lenguas diferentes, de prácticamente todo lo escrito sobre la historia del trabajo, la sociología industrial, la teoría de la empresa, y temas relacionados. De algún modo, Womack no estuvo preparado, quizás, para comenzar tal estudio como le hubiera gustado. Oriundo de Oklahoma (salvo por su industria petrolera, uno de los estados más rurales en los Estados Unidos), es probable que Womack entendiera instintivamente mejor el mundo agrario que el mundo industrial que ha estudiado durante los últimos cuarenta años. No sorprende entonces que tanto su tesis de estudiante en Harvard como su disertación doctoral posterior trataran temas agrarios. La última sería publicada en su magistral, *Zapata y la Revolución Mexicana*, aún la historia definitiva de la sociedad agraria y la revolución en Morelos. Después de la publicación de este libro, Womack se ha inclinado a analizar el trabajo

Me parece que el libro, no puede ser separado de los conflictos, errores y derrotas de la izquierda durante el último siglo. Ni del clima intelectual que acompañó la crisis del socialismo a finales del siglo XX. El argumento de Womack es de algún modo demoleadoramente simple: los estudios de la clase obrera han fallado en considerar las dimensiones tecnológicas y por lo tanto estratégicas de la historia de los trabajadores. El predominio de E.P. Thompson entre los historiadores y la atención casi exclusiva dada a la experiencia y la subjetividad son sólo parte del problema, dado que hay una larga tradición, incluso entre aquellos estrechamente alineados con los movimientos laborales, a pasar por alto el mundo de la producción en toda su complejidad técnica. Tanto la izquierda como la academia han ignorado la dimensión estratégica del poder de los trabajadores en el capitalismo industrial. De ese modo no han tenido en cuenta una oportunidad excelente para desarrollar una verdadera influencia y un

<sup>1</sup> En inglés en el original. Traducción de Mariana Pozzoni.

## John Womack, Jr. *Posición estratégica y fuerza obrera: Hacia un nueva historia de los movimientos obreros*, por James Brennan, continuación.

↪ activismo eficaz (en el caso de la primera), mientras que han empobrecido nuestro entendimiento del mundo moderno (en el caso de la segunda). Womack realiza un esbozo de cómo la izquierda evita el problema, acercándose en algunos casos, pero terminando siempre rondando la pregunta sin llegar a resolverla, desde Lenin hasta los socialistas alemanes, del Profintern<sup>2</sup> hasta la “nueva izquierda” norteamericana de los años ‘60. La estrategia y el pensamiento estratégico, cuando existieron, eran casi siempre políticos, nunca industriales y, en última instancia, siempre incompletos y, por consiguiente, no llevados a cabo. Womack cita la labor del economista norteamericano John Dunlop, como el primero en proponer la idea de posición estratégica, una idea sobre la cual los economistas subsecuentes, algunos científicos sociales y uno o dos activistas políticos eran conscientes, pero acerca de la cual ninguno contribuyó a desarrollar una teoría o práctica social sistemática. De vez en cuando el libro se convierte demasiado en una búsqueda infructuosa de las mismísimas palabras “estrategia” y “estratégico”, lo cual torna bastante repetitiva la narrativa. El concepto en sí mismo no es explicado tan claramente como a uno le hubiese gustado, siendo más claro para la industria que para el lugar de trabajo. ¿“La posición estratégica” en un lugar de trabajo, significa sólo que algunos trabajadores están más habilitados para perjudicar/sabotear la producción que otros? ¿Hay “posiciones estratégicas” que algunos trabajadores puedan adoptar de otro modo? En las industrias modernas de producción masiva el control de la información es eminentemente estratégico: tener acceso a la información sobre los ritmos de producción, las clasificaciones de trabajo y otros datos esenciales, es lo que le permite a los trabajadores entender su situación en relación con otros trabajadores y su potencial para la acción colectiva. En Córdoba a principios de los años ‘70, la acción más “estratégica” alguna vez tomada por los activistas clasistas en las fábricas automotrices de Renault fue el afiliarse a los empleados administrativos en el departamento de Contaduría General del sindicato, un movimiento amargamente resistido por la empresa que comprendió las implicaciones “estratégicas” para los trabajadores si dejaban que esto sucediese.

Una de las partes más interesantes del libro está al principio, antes que Womack se lance a la caza de la idea evasiva de “estrategia” y demuestra concretamente la importancia de la estrategia y las posiciones estratégicas. Las grandes movilizaciones de los, antes desorganizados, trabajadores automotrices norteamericanos en los años ‘30, culminaron en el establecimiento del Congreso de Organizaciones Industriales (COI) y el sindicalismo industrial (sindicatos de rama). Había otros ejemplos que él podría haber incluido. Quizás la huelga más “estratégica” alguna vez realizada en la historia laboral norteamericana fue la gran huelga de los mineros del carbón de 1902. El carbón era entonces lo que el petróleo es hoy: la

materia prima más estratégica del mundo, la sangre vital del capitalismo industrial y aún una necesidad diaria. Los Estados Unidos tenían y todavía tienen las reservas más grandes de carbón que se conocen en el mundo (la “Arabia Saudita del carbón” como lo ha descrito un economista recientemente). La revolución industrial norteamericana del siglo XIX se debió en gran medida a la abundancia de este mineral esencial. Hay dos tipos de carbón encontrado en los Estados Unidos, el más común de ellos, es un carbón suave de bajo grado (bituminoso) con un alto contenido de ceniza y un contenido inferior de carbón. Este “carbón sucio” se encuentra en el Sur, sobre todo en Appalachia, y en las partes del Mediano y el Lejano Oeste. El carbón más concentrado (antracita) fue encontrado casi exclusivamente en el noreste de Pensilvania. Debido a su contenido más alto de carbón, el mismo se quemaba con mayor limpieza y emitía un calor más intenso, haciéndolo el ideal para calentarse en los fríos inviernos del norte. A principios del siglo XX, todas las principales ciudades del Noreste, sus casas privadas pero también sus edificios de oficinas, fábricas y escuelas, dependían de la antracita para calentarse en el invierno. Así “la posición estratégica” de la industria era enorme, quizás la más importante.

Así como en el caso de las grandes movilizaciones de trabajo, la gran huelga de 1902 fue precedida por una serie de temblores. Ya que la antracita requiere una minería de profundidad, los túneles en que los mineros trabajaron estaban perforados a millas al interior de la tierra. Las condiciones de trabajo eran difíciles y los accidentes mortales comunes. Para mantener los salarios bajos, los propietarios de las minas inundaron el mercado de trabajo local con decenas de miles de inmigrantes irlandeses y de varias nacionalidades de la Europa del Este, sobre las que predominaban polacos y eslovacos. Los mineros de los condados de antracita de Pensilvania habían sido testigos, en 1897, de la organización eficaz de sus colegas en los yacimientos de carbón bituminoso o suave y de la emergencia del que sería uno de los principales sindicatos industriales del país: los Trabajadores Mineros Unidos (TMU)<sup>3</sup>. En 1900 ellos realizaron, sin éxito, una huelga para la representación del sindicato. En 1902, casi la totalidad de los aproximadamente 150.000 mineros que trabajan en los campos de antracita emprendieron una huelga aún más grande, una de las más grandes

<sup>2</sup> Internacional Sindical Roja.

<sup>3</sup> *United Mine Workers* (UMW), en inglés.

## John Womack, Jr. *Posición estratégica y fuerza obrera: Hacia un nueva historia de los movimientos obreros*, por James Brennan, continuación.

↪ en la historia del país, iniciada *estratégicamente* a finales de la primavera, con los meses de invierno a la vista, pero no todavía inminentes, con tiempo suficiente para una suspensión de trabajo prolongada, a partir de la cual se esperaba, eventualmente, negociar un acuerdo. La decisión de los trabajadores más estratégicos en las minas - los trabajadores de mantenimiento (bomberos, ingenieros, y trabajadores de drenaje <sup>4</sup>)- de adherir a la huelga garantizó la eficacia de la misma. Todas las huelgas anteriores, que no habían sido capaces de ganar su apoyo, habían acabado en fracaso de un modo u otro. Estos mineros eran estratégicos no por sus niveles de calificación, había otras calificaciones en las minas que eran igualmente vitales a la empresa. Su posición estratégica residió en su capacidad de suspender la producción durante períodos más largos de tiempo y así dañar la rentabilidad de la empresa y, aún, la destrucción a largo plazo del potencial de la propiedad. Las minas se inundaban con regularidad y era necesaria la labor de los trabajadores de drenaje. Había también explosiones frecuentes e incendios en las minas que atravesaron profundamente la tierra extendiendo metano y otros gases volátiles comunes. Sin los bomberos para extinguir tales incendios, las minas se perderían. Los propietarios de las minas tuvieron la intención de responder, y como Womack discute en su capítulo final, el capital tiene sus propias estrategias. Si la estrategia es en parte una posición, ésta es también móvil, dinámica. De algún modo, Los mineros de Pensilvania habían calculado mal la estrategia de la huelga, lo cual fue bienvenido por un puñado de consorcios competidores (minas, ferrocarriles y bancos que formaban un *trust*) ya que la escasez de carbón a corto plazo hizo subir el precio. Pero después de cierto punto, los costos del paro del trabajo y la adhesión a la huelga por parte de los trabajadores de mantenimiento amenazaron su mismísima propiedad. La huelga se extendió hasta finales del otoño, lo que la volvió enormemente amarga y violenta.

Sólo la intervención del presidente americano, Theodore Roosevelt, condujo a un acuerdo: un aumento de salario para los mineros, reducción de la jornada laboral de diez a nueve horas y el reconocimiento de los propietarios de las minas del derecho a representación del sindicato, aunque todavía extraoficialmente. En la huelga de los mineros de carbón de 1902 fue la primera vez

que el gobierno federal intervendría en un conflicto como un árbitro legítimo y limpiamente neutral y no como un mero rompehuelgas. En todo esto, la estrategia y la posición estratégica claramente habían importado.

La estrategia y la posición estratégica no son obviamente conceptos solamente útiles y novedosos para la historia norteamericana del trabajo. ¿Qué más puede explicar la enorme influencia del sindicato de *Luz y Fuerza* encabezado por Agustín Tosco en las grandes movilizaciones sindicales en Córdoba en los años '60 y principios de los '70, que el poder estratégico y aún el poder estratégico de ciertos departamentos dentro de aquel sindicato? El libro de Womack así es sumamente sugestivo para abrir una nueva gama de preguntas para historiadores del trabajo en todas partes. El mismo, por casualidad, aparece en un momento extraordinariamente oportuno. Una verdadera crisis de la economía industrial está en camino en los Estados Unidos en un proceso no diferente de lo que Argentina experimentó en décadas recientes, incluyendo su propia *patria financiera*, aunque la crisis aquí tiene una escala mucho más grande y un colapso con consecuencias a nivel mundial. El valor de este libro así puede superar lo estrictamente teórico y en tal contexto tiene alguna importancia fuera del mundo consentido de academia.



<sup>4</sup> *Pumpmen* en inglés, sin traducción literal al castellano.